

LA CASA

Si no fuera por la intemporalidad, hubieran podido pasar por cuatro escritores de renombre: Blasco, Calderón, Pérez, Quevedo y Cunqueiro. Acostumbraban a cenar juntos todos los viernes en *El Latigazo*, pero curiosamente esta semana Calderón les había citado el miércoles y haciéndoles la pascua porque el miércoles era el día consagrado al fútbol. El camarero, un cinéfilo empedernido, les llamaba *El Quinteto de la Muerte*, pero en realidad ninguno de ellos había matado a nadie y su aspecto era completamente inofensivo y vulgar. Parecían clonados de un antiguo funcionario de Abastos. Vestían siempre traje y corbata de colores muertos e indefinidos como si no quisieran llamar la atención. Hasta en la comida eran gente aburrida y sin imaginación pues indefectiblemente, todos los viernes, siguiendo la tradición del ayuno y la abstinencia, cenaban menestra de verduras y besugo; aunque antaño, todos ellos disfrutaron en sus casas de la Bula de la Santa Cruzada. La morigeración llegaba al punto de beber sólo vino con gaseosa, aunque para el postre se permitían el lujo de tomar flan de la casa.

La Casa, donde celebraban las reuniones semanales, estaba en la misma carretera de La Coruña envuelta siempre en un halo de secretismo y misterio entre lo político y lo religioso.

Como todas las semanas se sentaron alrededor de la gran mesa ovalada y Pérez, el más viejo del grupo, disimulando un eructo, comenzó su sempiterna letanía de lamentos:

- Siempre dije que fue un error suprimir el Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo.
- Déjate ya de nostalgias y vayamos al grano –le reprendió Calderón- Supongo que habréis leído ya el segundo capítulo.

Todos asintieron con la cabeza y pusieron sobre la mesa los ocho folios que constituían el cuerpo del delito.

Os confieso que no podía creer que el cabronazo de Pedro Jota fuera capaz de llegar tan lejos.

- A mi no me ha extrañado –apuntó Blasco– Después de publicar el escándalo de las escuchas telefónicas, que a punto estuvo de que nos cerraran la Casa, este imbécil pretende

ahora atacar el corazón del sistema, con la excusa de una inocente novela para montar un escándalo y desprestigiar la figura del delfín.

- Querrás decir del príncipe.
- Llámalo como quieras. La gente no es tonta.

Quevedo, que era un hermeneuta en artículos de prensa, les aclaró a sus compañeros:

- Pero además, se necesita tener muy mala leche para llamarle Leopardi y hacerle poeta. Eso tiene varias lecturas.
- A mí lo que me extraña –apuntó Cunqueiro- es que Umbral se haya prestado a este juego contra el príncipe.
- ¿Qué puedes esperar de un rojo como él? Ese no sabe hacer más que lo que le manda su señorito.
- ¿Y que os parecen los otros famosuelos escritores de mierda que se han prestado al juego? –preguntó Quevedo.
- Están todos fichados –respondió Calderón poniendo sobre la mesa dos enormes cajas llenas de dossieres- Al Mendicuti ya lo detuvimos cuando se infiltró en la Zarzuela vestido de doncella, haciéndose pasar por la Susi. Y lo mismo os digo de la de los melocotones, del Merino, de la Rigalt y de la Sánchez. Aquí están sus dossieres. Los hemos fabricado a conciencia con todo lujo de grabaciones, fotos y vídeos –hizo una pausa y añadió con una sonrisa- Para estos trabajos sabéis que la Casa no tiene competencia. Ahora decidme que habéis deducido de la lectura atenta de los dos capítulos.

Pérez, que no dejaba de hurgarse los oídos con un palillo que se trajo del restaurante fue el primero en intervenir:

- Yo aseguraría que la mujer de la piscina es Isabel Sartorius.
- Pero el delfín no la mató –aclaró Cunqueiro.
- Materialmente no, pero ¿y moralmente?
- Por supuesto que sí. Y lo que intentan es fomentar más el escándalo para que ese Walter, que está claro que es Ansón, se cubra también de desprestigio protegiendo a su amigo.

Quevedo, sin dejar de limpiar sus lentes made in USA, tomó la palabra:

- Lo que no va a gustar a los americanos es que se involucre a Solana, relacionando al príncipe con las naves espaciales de

la OTAN. Ya veréis como salen a relucir los convolutos. Es una putada. Están llevando las cosas demasiado lejos. No me cabe duda de que pretenden subvertir el orden establecido y quieren cargarse a la monarquía ¡Para esto querían la democracia!

Todos asintieron con grandes cabezadas mientras la palabra democracia rodaba sin rumbo por encima de la mesa hasta acabar estrellándose en el suelo.

- Franco no lo hubiera permitido y tendría a Pedro Jota a buen recaudo con la boca cerrada. Acordaos de Fontán y el diario Madrid –aseveró Pérez metiéndose el palillo hasta el tímpano y dándole una patada a la democracia para ocultarla debajo de la alfombra.
- Pero no me negareis –habló Calderón en su característico tono calderoniano, que la mención de Sealand es la prueba definitiva. Con la noticia que aparece por el teletipo al final del capítulo segundo están acusando al príncipe de querer secuestrar al Rey y confinarlo en Sealand.
- Ahí quería llegar yo –aclaró Pérez sacándose al fin el tapón de cera que le obstruía el oído-
- No cabe duda de que están actuando como verdaderos criminales y cometen un delito de lesa majestad.
- ¿Y cuando vamos a meterles mano a todos estos? Preguntó Blasco deseoso de entrar en acción.
- Hay que esperar a que terminen los 25 capítulos y así conoceremos a todos los sinvergüenzas e hijos de puta que se van a prestar al maldito juego de la novela del 2000. Con esto del Internet nos lo van a poner a huevos.
- Y luego, de una tacada, todos a la cárcel.
- Eso será si los jueces no se nos encabronan –puntualizó Quevedo- sembrando la duda entre sus colegas.

Calderón se levantó esbozando una sonrisa de superioridad propia de la más alta inteligencia y llevándose la mano a la bragueta les tranquilizó:

- No os preocupéis, aquí tenemos lo que hay que tener para salvar a España.